

Frió en el alma

(“Los Lunes de El Imparcial”, Madrid, 10 de febrero 1900)

Incluido en “Impresiones y meditaciones” 285

## FRÍO EN EL ALMA

El sol, disparando sus rayos desde un cielo seco, quemaba los campos y las calles. Las sombras de las casas parecían tangibles y talladas á buril. El respirar era un trabajo, y como trabajo que era, respirábase con el sudor de la frente. Me metí en casa, en una casa que no era la mía, en una borrosa morada de paso; me metí en ella á guarecerme del sol implacable.

Y sentí que mi espíritu se consumía de frío, del frío ambiente. De irío, de un frío sutil y tan implacable como el sol material que nos quemaba desde el cielo seco, de un frío que se me colaba hasta los tuétanos del esqueleto del alma. Frío; bajo aquel sol que agosta, un frío que deseca. Y ambos cumplían la misma terrible labor: el uno en los cuerpos, el otro en las almas. Porque el frío intenso quema, lo mismo que el fuego.

Había atravesado páramos adustos—propia y estrictamente *adustos*—que se han pasado siglos mirando á un cielo metálico, y había pensado que sólo una conmoción de sus entrañas berroqueñas, sólo un terremoto, podría alumbrar en ellos manaderos de agua viva y riente que les dieran con flores y follajes fresca y vida.

«Esta nuestra pobre patria—me decía—se va á morir de frío, de frío espiritual; y el frío sube y avanza desde sus regiones más azotadas por el sol abrasador.» Luego pensé si no se me exageraba la impresión del frío espiritual por contraste con el calor material, y si todo ello no era una mortal tibieza, una mortal tibieza que haga que Dios no conozca nuestras obras y nos vomite de su boca, como se dice en el Libro de las Revelaciones.

Recordé que se nos tacha de fanáticos y pensé cuán moribundo está ese nuestro tan decantado fanatismo. ¿Fanáticos? No; aquí no es fanático más que el sol. Supersticiosos, vil y bajamente supersticiosos, no fanáticos.

Todos esos no son capaces de andar á tiros en las calles por defender que María, la madre de Jesús, subió á los cielos en carne mortal, ó que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y no solamente del Padre, pero inquieran si el escapulario puede ó no llevarse dentro de una bolsita, consulta á la que he leído no hace mucho una contestación en cierto receptáculo de memez y ñoñería.

El frío me calaba hasta los tuétanos del alma y como un reuma espiritual empezaba á adolorarme el desencanto. «Estás arando en el mar, Miguel—me decía á mí mismo;—las aguas se te abren ante la quilla, pero es para cerrarse al punto. Estás en el momento de la mayor prueba de tu vida; puedes decir



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES



impunemente cuanto del corazón se te suba á la boca. Son cosas tuyas. Cuatro ladridos, dos ó tres chistecillos tísicos, y te dejan en tu soledad. Y lo peor es cuando te dicen que tienes razón, porque tú lo que quieres tener, no es razón precisamente, sino otra cosa.»

Y pensé en los otros, en todos los caballeros que se han muerto de frío espiritual en esta excaballeresca tierra.

Entró sofocado y enjugándose el sudor un amigo, le hablé del frío íntimo que hacía, y empezó á contarme casos de pasiones abrasadoras, de crímenes pasionales, de violencias. Y le dije: llama, pero sin verdadero calor, aunque te parezca paradoja; chispas que el eslabón del instinto animal saca en el hielo; esas son erupciones de lava, que vienen de debajo del fondo humano, de los abismos animales, y que no derriten apenas la nieve que cubre á la cumbre humana.

¡Qué idea más mezquina y más horrible de la virilidad! ¡A qué cosa más lamentable llaman ser hombres, ser más hombre que otro! Y en rigor no se sienten hombres sino de cintura abajo.

Una de las cosas que más falta hacen aquí —pensé— es despertar el sentimiento y la conciencia de la humanidad, por encima de virilidad y feminidad, es fraguar el *hombre*, el *homo*. *Homo*, hombre, que abarca y corona y perfecciona al varón, *vir*, y á la mujer, *mulier*. Y ¡qué lección esta de que donde se da el hombre afeminado, se da, junto á él, la mujer hombruna! Hombres con andares de mujerzuela y mujeres con bigote. Es natural, donde los opuestos no se funden y armonizan en una síntesis superior, se mezclan en grotescos términos ambiguos.

Y todo proviene del frío del alma, del frío del alma que impide la fusión y sólo consiente alguna mezcla frigorífica.

Murmuran los hombres á la puerta de los cafés y los Casinos lo mismo que comadres. Es que se criaron entre faldas. Y su respeto á las venerables tradiciones de sus mayores, su culto á las que llaman creencias de su niñez, son un respeto y un culto puramente femeninos, pero de esa feminidad de las mujeres que, como ellos, tampoco han logrado llegar á la humanidad. No son respeto y culto fanáticos; son respeto y culto supersticiosos. Todo se cifra en aquella sentencia tan hondamente mujeril: siempre se ha hecho así ¿vamos á introducir leyes nuevas? Y entran en la misma ley el modo de preparar el puchero y el modo de creer en Dios. Sobre ese mar muerto no hay más movimiento que el leve cabrilleo de la moda; moda en los vestidos, moda en los deportes, moda en las devociones. Y el agua estancada siempre.

¡Y luego esos varones amujerados hablan de que hay que sacrificar esto y lo otro á la paz del hogar! ¡La paz del hogar! Ni eso es paz, sino muerte; ni eso es hogar, sino yacija. Por-



que donde no hay fuego no puede haber hogar, y en medio de este frio que agarrota á las almas el hogar espiritual no existe.

¡El hogar! Otra mentira más. El sol implacable les obliga á quedarse en casa, sobre todo á las horas de siesta, y seestean. Luego está el Casino, que es la más cardinal de sus instituciones públicas, y la más arraigada.

Cuando el sol se hubo puesto se levantó un poquito de brisa y salí á orear mis desencantos. E iba por la calle recordando aquel tr...

gico final de la oda de Carducci «Sobre el monte Mario», cuando nos describe á la tierra enfriándose, y la extenuada prole humana recogida bajo el Ecuador, á las llamadas del calor que huye, sin tener más que una sola mujer, un solo hombre, que erguidos en medio de restos de montes, entre bosques muertos, lívidos y con los ojos vidriosos, ven al sol ponerse sobre el inmenso hielo. ¿No veremos acaso al sol del alma, al sol divino, ponerse sobre la inmensa sábana de nuestro hielo espiritual?

Miguel de UNAMUNO.

